

BUEN HUMOR

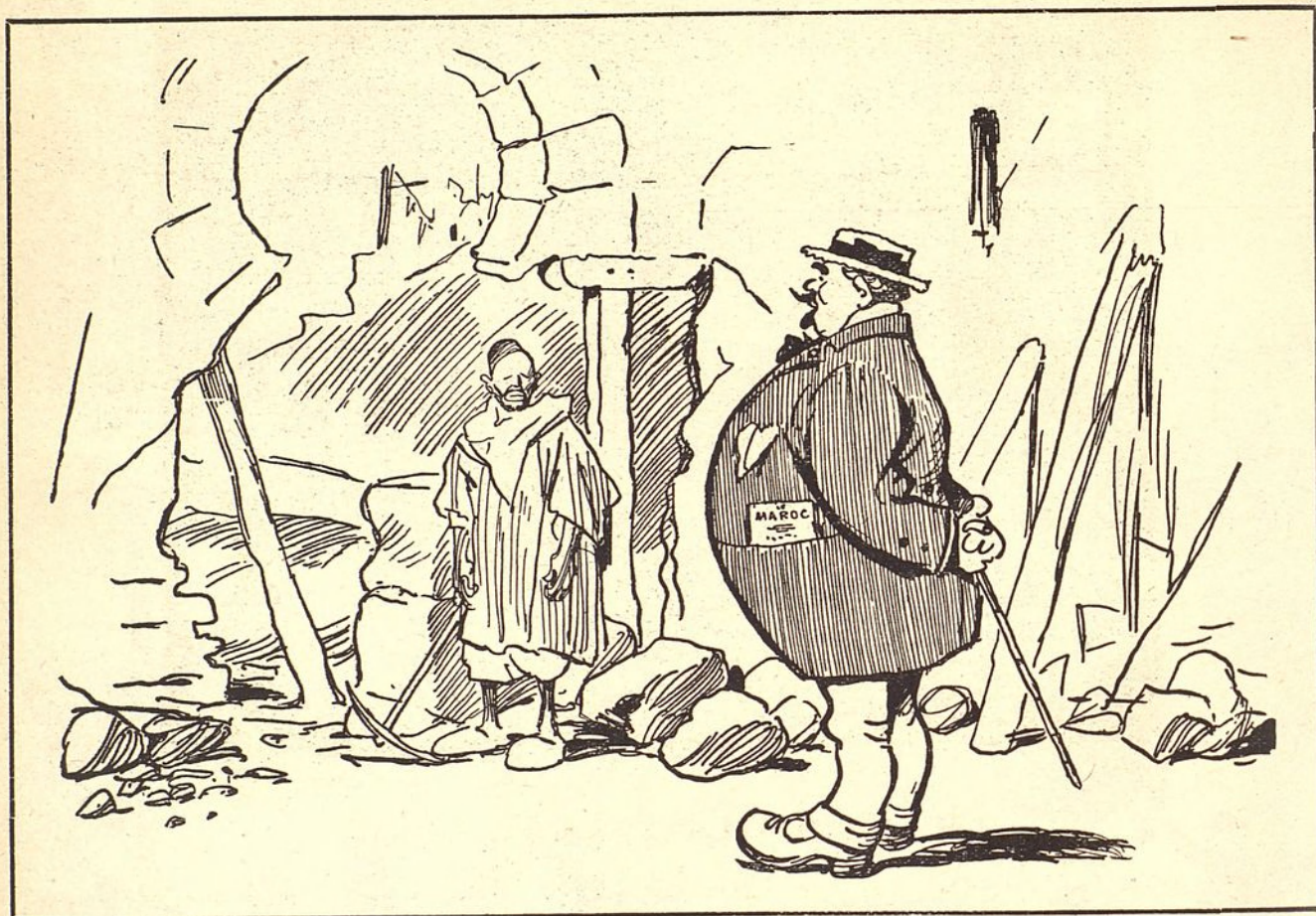


Ayuntamiento de Madrid

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

Dib. RAMÍREZ.—Madr

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"



CONCURSO DE TÍTULOS Y LEYENDAS

He aquí una caricatura sin pie ni cabeza. Hay que completarla poniendo uno y otra, para lo cual abrimos el presente concurso, que cerraremos el día 12 de marzo próximo. Nuestros lectores podrán remitirnos cuantos epígrafes y leyendas crean adaptables a la escena que representa el dibujo, no excediendo de siete líneas.

Los envíos habrán de venir necesariamente firmados por sus autores, y los de provincias en sobre abierto y con la indicación de *Original para imprenta*.

Los títulos y pies que recibamos y admitamos, los iremos dando en sucesivos números de nuestro semanario.

De todos los que publiquemos, al que a nuestro leal saber y entender sea más gracioso le otorgaremos como premio

C I E N P E S E T A S

¡Ah! Para tener derecho a tomar parte en este concurso, es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de los cuatro cupones correspondientes a los números 11, 12, 13 y 14 de BUEN HUMOR.



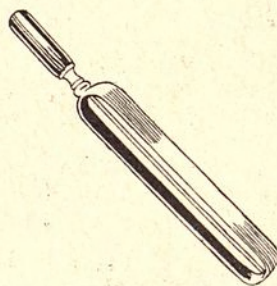
UN RECURSO SALVADOR

Don Juan Mediano y Mediano era un pobre señor, empleado modesto y sin otros vicios que el de jugar al tute y ser admirador de Azcárraga, dos cosas, como ustedes ven, absolutamente inocentes; así que su existencia transcurría en el más tranquilo vivir: de casa a la oficina, de la oficina a casa; y por las noches, ya era sabido: partida de tute, lectura de los discursos de don Marcelo y elaboración de pitillos por el más vulgar de los procedimientos: uña adelante, cuarterón arriba. Muy discreto, en su guardarropa tenía una levita para los momentos sensacionales: presentación de nuevo jefe de Negociado, entierros, algún otro acto oficial en su Ministerio, y... se había terminado la misión de la levita en este mundo. Usándola tan discretamente, aun se conservaba la prenda en buen uso — bastante mejor que don Juanito —, a pesar de tener tantos años como su dueño, que la levita le vino de una manda, y con una vuelta a los forros quedó empalmada para el servicio, y al primer golpe era muy decentita. Así que Mediano la veía con el mismo cariño que Coline, el filósofo bohemio de Mürger, su viejo sobretodo, y la guardaba en el armario con toda clase de solícitas atenciones. Pero un gran dolor le estaba reservado a nuestro héroe. Una tarde, para la presentación de un nuevo jefe en el Negociado, al sacarla del ropero y extenderla sobre la cama, notó con tremenda amargura, húmedos los ojos de piadosas lágrimas, que ciertos agujeros indiscretos amenazaban el desplome, la ruina inmediata de aquel monumento con faldones. El pobre don Juan quedó confuso. ¿Qué podría ser aquello? La doncella de la casa de huéspedes pronto le sacó de dudas. Aquellos alarmantes redondeles no eran otra cosa que la invasión audaz de la polilla, del terrible y despiadado enemigo, que no supo respetar aquellos amores de don Juan.

La doncella le indicó que se hubiera evitado tan gran dolor si a tiempo hubiese comprado los *Polvos insecticidas Leyer y Compañía*, que no sólo exterminan la polilla, sino toda clase de molestos insectos. «La señora, gracias a estos polvos, ha podido conservar intactas, frescas, las pieles, abrigos, toda su ropa sin el menor detrimento.»

— ¿Qué dices? — interrumpió don Juan —. Tráelos, tráelos en seguida. ¡Y no haberlo sabido antes!... — dijo con aguda desesperación. Y con la misma fe que puede aplicarse a un desahuciado enfermo una suprema medicina, don Juan espolvoreó la levita con el insecticida, saliendo a la desbandada un ejército de polillas. Y así pudo preservarla para el porvenir, gracias a los *Polvos insecticidas de Leyer y Compañía*, que tan oportunamente vinieron en su ayuda —. ¡Qué prodigio, qué prodigio! — decía don Juan entusiasmado.

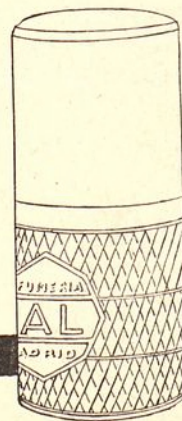
Luis GABALDÓN.



¿Que mejor suavizador
para la barba que el
**JABÓN DE AFEITAR EN
BARRAS**

DE LA CASA GAL?

TUBO 1.25



LA PINTURINA

LA pinturina, señores, como su propio nombre lo indica, es el alcaide de la pintura."

Así empieza siempre su curso de conferencias mister Sympleton, descubridor afortunado de la pinturina y su más entusiasta y activo propagandista.

Como da la casualidad de que mister Sympleton posee, además de su entusiasmo, una brutalidad de dinero, porque es archimillonario, es en la actualidad el gran protector del arte y de los artistas.

Resulta pálido y deficiente, hablando de este mister, decir que es un Mecenaz. No es un Mecenaz solamente: es un me almuerzas, me comes y me tomas café.

Baste saber que ha convocado un certamen para estímulo de los adeptos a su arte novísimo, en el cual certamen ofreció un premio de dos mil libras (ochenta arrobas esterlinas) al mejor retrato abstracto como tipo de la pintura *incorporea*.

El asunto marcado para el certamen es *un retrato del lenguaje*, retrato que, por tratarse del lenguaje, ha de estar hablando.

No hay que decir el entusiasmo con que ha sido acogido este concurso, por lo cual nos apresuramos a transmitir a nuestros lectores las noticias que acabamos de recibir.

Según reciente parte de la telegrafía sin hilos, sin palabras y sin nada, el certamen ha estado a punto de ser declarado desierto, como es costumbre; pero, por último, se ha declarado oasis, y se

ha adjudicado el premio a un niño de extraordinaria precocidad para el nuevo arte. Era una criatura que estaba un día subido a un árbol buscando nidos, y en un descuido se cayó de un guindo. Se cree que, efecto de la misma caída, resultó un artista de golpe y porrazo.

Ayer era un chico insignificante; hoy, con su premio de diez mil duros, es un chico en grande.

Todavía no ha llegado fotografía ni copia alguna del cuadro premiado que nos permita formar de él una idea cabal; pero los correspondientes de *Filadelfia* le describen minuciosamente.

El retrato del lenguaje es una fi-

gura que tiene cabeza de familia, cabello de ángel, frente de batalla, oídos de mercader, boca de riego, con dientes de ajo y lengua de tierra, ojos de puente, cuyas niñas son tobilleras, y barbacana, con sus saeteras y todo.

El cuello es de botella, el cuerpo de guardia, los brazos de mar, con las manos de almirez y los dedos huéspedes.

Tiene piernas de sábana, rodillas de cocina y pies de imprenta, con talones del Banco y plantitas trepadoras.

Su vestidura se limita a una amplia capa de santidad, que sujetan a su cuello un cordón de tropas con borlas de doctor, la cual deja ver a trozos una camisa de culebra con mangas de parroquia y puños de espada. Completa el indumento: un calzón corto de genio, que se ajusta sobre una media tostada de abajo, y calzan sus pies sendas botas de vino.

Como se trata de un tipo representativo y constitucional, ha tenido el infantil artista muy en cuenta el carácter esencialmente fonético del lenguaje, y le ha representado como músico. Su mano izquierda sujeta un violín, cuya caja es de Pandora, con cuerdas de presos que pulsan sus dedos con sus yemas de coco, mientras su diestra hace vibrar el instrumento con el Arco de la Estrella.

Reconozcámoslo sincera y noblemente: la pinturina ha dado con esta obra un paso formidable: ¡un verdadero paso de Calais!

CARLOS LUIS DE CUENCA.



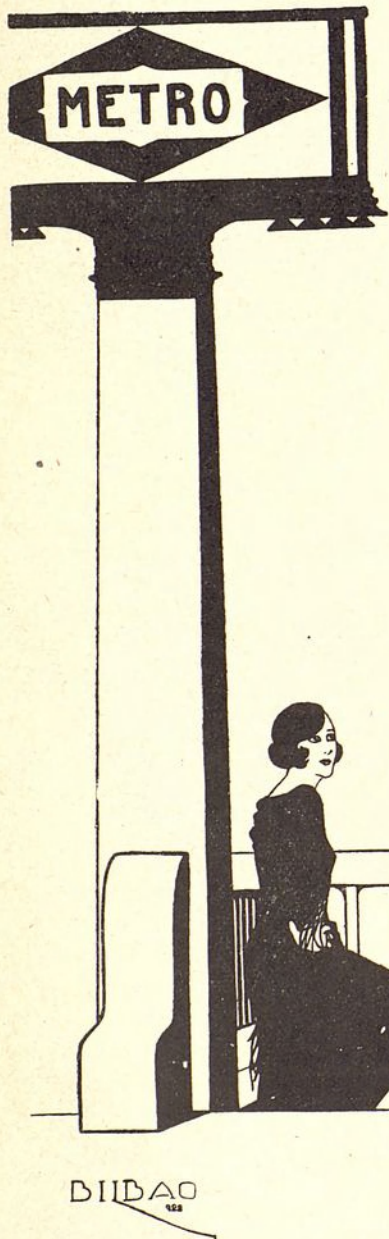
Dib. SILENO. — Madrid.

LA BARAJA DEL AMOR

(Epistolario cómicoamoroso.)

XV

Florindo mío: Empiezo por decirte que te quiero con toda mi alma: este alma que tú crees tan pequeña y le llamas mi almilla o mi almeja. Yo, en cambio, doy a las cosas su nombre exacto, y te llamo



SOL-ATOCHA

— Pero Trini, no seas terca, que si tomamos el metro, son las ocho de la mañana, y llegaremos al mediodía.

pichón mío sin usarlo como aumentativo, como no lo uso tampoco al hablarte de que tengo el corazón hecho pedazos por ti.

Al escribirte ésta, no tengo otro objeto que suplicarte suprimas los diminutivos y los aumentativos, para evitar que a una banda la lla-mes bandeja; a una caldera, calde-rilla; a una francesa, francesilla; a una lente, lenteja; a la cabeza, ca-bequilla; a la costa, costilla; a la cria-da, criadilla; a la cuadra, cuadrilla; a una quinta, quintilla; a mi coma-dre, comadreja; a la capa, capilla; a una hija bastarda, bastardilla, y a mí, que soy baja, vajilla. Esto en lo que a los diminutivos se relacio-na; que en cuanto a los aumentati-vos, sería famoso ver que decías, re-firiéndote a un banquete, banquetazo; a una araña, arañazo; a un caño, cañón; a un taco, tacón; a un pito, pitón; a un caldero, calderón; a una vara, varón; a una batalla, batallón; a un buzo, buzón; al voto, botón; a un manto, mantón..., y así hasta el infinito.

Te oscula tu

RUDESINDA.

BUEN HUMOR

XVI

*Gachorri (1) de mi garlochi (2):
Dende que no te veo, estoy pasando
por los sacais de tu jeró unas cam-
perrras (3) de beribén (4), que la voy
a diñar.*

Hasta el *manró* (5) que me llevo a la boca me sabe amargo, y *to* por las *ducas* que por ti paso. Tú no sabes lo que es estar en el *estaribé* (6); pero en cuanto que salga, te juro por *Undebé* que te llevo a la *cangri* (7).

No fengas *mal arate* (8), que ya verás qué bien lo pasamos cuando yo *abiye jayeres* (9) en *buten* (10) en los *fosos* (11), pues te *camelo fetén*.

Escribeme pronto diciendo que me quieres *chipén*, pues ya sabes que entre *calé* y *calé* no hay *romandíñé* (12), y sabré si me engañas.

Te quiere más que a las niñas de
sus *clis* tu

CALORRÉ (12 bis).

Por la goma y las tijeras,
que no saben firmar,

TORRES - ASENJO

(Folkloristas de alpaca.)

(1) Gitana. — (2) Corazón. — (3) Fatigas. — (4) Muerte. — (5) Pan. — (6) Cárcel. — (7) Iglesia. — (8) Sangre. — (9) Dinero. — (10) Gran cantidad. — (11) Bolsillos. — (12) Entre gitano y gitano no cabe engaño. — (12 bis) ¡Lagarto, lagarto! Gitano.

EL HOMBRE QUE NO SE PUDO ARRUINAR

Lo supo una noche, en el Círculo, por una indiscreta conversación que se sostenía a pocos pasos. Y como buen vodelista, no sintió más impresión que la de lo grotesco. Se sintió desgraciado; pero su desgracia provenía únicamente de la ridiculez del papelito que en el mundo estaba representando.

No era el vodevilista de moda, no; solamente era uno de tantos. Pero en las escenas y situaciones de maridos *coronados*, nadie le echó la delantera. Tenía una habilidad especial en tocar el resorte ridículo en tales situaciones, y por eso, en ninguna de sus obras faltaba ese personaje. Cuando en alguno el argumento no permitía *meterlo*, él hacía soberanos esfuerzos para buscar un incidente, una ac-

Dib. BILBAO. — Madrid.

ción secundaria, en que el tal marido apareciese.

Vivía feliz. Sus liquidaciones trimestrales fluctuaban alrededor de los tres mil duros. Estaba casado. Tenía una mujercita, una muñeca encantadora, que le mimaba y le hacía mil monerías. No tenía hijos. Nunca le dolió nada. ¿Qué más podía pedir?

Y ahora, el mundo — ese mundo grotesto de vodevil — se le venía encima. Su mujer le engañaba. El era uno de los que con tanta saña había ridiculizado. Cuando el público exigía aquel personaje, ¿no sería para reírse del autor, que se mostraba él mismo, burlándose de su propia condición? Esta idea le mordió, le desgarró un órgano interno. No sabía cuál; pero él sintió la mordedura.

Salió a la calle, mareado, confuso, dolorido, avergonzado. ¿Qué hacer?... ¿Comprar un revólver y sorprenderlos — sin disparar, claro está —, para buscar después la escenita de reconvenções y que su mujer se arrodillara y le pidiera perdón? No; a él no le convenían los maridos calderonianos, no sentía ese papel. ¿No darse por enterado y seguir como si tal cosa? Tampoco: él era un hombre digno, y no podía... Entonces, ¿qué?

Por lo pronto, no volver más a su casa. Y pasó la noche vagando por las calles. ¿Qué hacer?... ¿Qué hacer?... Y la única idea que se le presentó clara, sin inconvenientes ni indignidades, fué la del suicidio. El debía matarse. A la mañana siguiente entró en una armería.

— ¡A ver! Una pistola nada lujosa, pero segura, muy segura...

Comenzó el dependiente el encomio de las pistolas que mostraba. Se convenció. Cuando ya iba a sacar la cartera, le preguntó el dependiente:

— ¿El señor tiene licencia?

— No. ¿Es necesario?

— Imprescindible. Tenemos que dejar anotado el número de la licencia en cada venta de armas.

— ¿Entonces...?

— Es cuestión de dos o tres días.



Dib. CUESTA. — Madrid.

— Chico, ¿qué te pasa?

— Nada; que me encontré al marido de Juanita, y le he conocido... ¡lo bruto que es!...

En la Dirección de Seguridad se la facilitarán a usted.

— Volveré cuando me la expidan. Pero esta pistola me ha gustado. ¿Podrían ustedes reservármela?

— ¡Ya lo creo! Sí, señor.

— ¿Abono algo de señal?

— ¡Oh, no es necesario! Su nombre, ¿me hace el favor?

— Luis Gomara.

— ¿Luis Gomara?

— Sí.

Y el dependiente sonrió, recordando, sin duda, alguno de aquellos juguetes cómicos que hicieron sus delicias durante varias noches.

— ¡Que usted lo pase bien, señor Gomara!

Y luego, en voz baja:

— Soy su más grande admirador. Tiene usted una gracia enorme. Yo también escribo *cositas* para el teatro; pero aun no he encontrado empresario. ¡Quién fuera usted! ¡Quién se encontrara en su situación!

Gomara le miro con cara de idiota y no contestó.



Los tres días que tardaron en expedir la licencia los pasó errabundo y solitario. Comía en cualquier bodegón y dormía cada noche en un sitio distinto.

Cuando ya tuvo en el bolsillo la tarjeta que le permitía usar armas de fuego, volvió a la armería y adquirió la pistola.

De allí se dirigió al Parque del Oeste. Era una tarde muy fría y desapacible. No había nadie. Se sentó en un banco, se quitó el sombrero, sacó la pistola, puso el cañón en la sien y...

Y no disparó. Un pensamiento se había adueñado de él. Tenía ahorrados unos veinte mil duros, además de la propiedad de sus obras, que produciría una buena renta durante bastantes años. ¿Iba a dejárselo todo a su mujer, la infame, a quien le engañó, a quien le puso en el más espantoso de los ridículos?

No. Indudablemente, eso no era justo. No podía dejar las cien mil pesetas y la segura renta, para que ella se lo gastase con el otro.

¿Qué hacer, pues, con aquel dinero, que él había amontonado peseta a peseta y que ahora le estorbaba?

Había que deshacerse de todo. Cuando él se matara, no poseería un céntimo. Como no tenía hijos, no perjudicaría injustamente a nadie.

Pero ¿cómo deshacerse de aquellos duros? ¿Tírarlos? Le tomarían por loco. El ridículo aumentaría. ¿Legarlos para cualquier obra benéfica? ¡Por Dios, eso es tremendo!... ¡Tener que soportar durante una eternidad el sobrenombre de filántropo, protector y otras tantas zarandajas! ¡No, no! ¡Eso nunca!

¿Cómo, entonces?

¡Ya!... ¡Se los jugaría!... ¡Y los perdería, claro está! Gomara no ignoraba que jugando una y otra vez con puerta se pierde fatalmente. Y, además, él haría jugadas estrambóticas, para que las raquetas se llevaran cuanto antes aquellos duros miserables.

A la mañana siguiente fué a ver a un buen señor que compraba los derechos de propiedad intelectual de obras teatrales. A pesar de que,

gracias a la Sociedad de Autores, ya la cosa está muy poco generalizada, aquel señor había hecho de esa manera un fortunón.

—Vengo a venderle la propiedad de todas mis obras, con tal de cobrar lo que sea antes de las cuatro de esta tarde.

—¡Hombre! Siendo así, tan de repente, el tener que disponer de esa suma dentro de unas horas me irrogará algunos perjuicios. Si usted, como compensación, me las dejara en ochenta mil pesetas, dentro de media hora las tendría en su poder.

—Conformes.



A las cuatro de la tarde, hora en que comenzaba el juego, entró Gomara en el Círculo con sus ochenta billetes de a mil pesetas. ¿En dónde los perdería antes? En la ruleta, probablemente. A las cuatro de la mañana, cuando terminó, tenía ciento sesenta mil pesetas. Había duplicado el capital. ¡Estaba desesperado! Y era para estarlo.

Al día siguiente no fué al Círculo; prefirió el Casino. Y cuando terminó el juego, su desesperación era aún mayor: ya tenía cuatrocientas mil pesetas. ¡Horroroso!... ¡Nada, que no podía arruinarse!

Para huir de la fortuna, cogió el

tren y se fué a San Sebastián. Allí estuvo tres días, al cabo de los cuales tenía cerca del millón.

Una noche, en Barcelona, se consideró feliz. Perdió en unas horas sesenta mil duros. ¡Por fin!... ¡Ya empezaba la racha!

Pero, desgraciadamente, no continuó. Y al salir de Barcelona tenía ya más del millón. En Trouville hizo el segundo, en Niza el tercero, en Montecarlo el quinto.

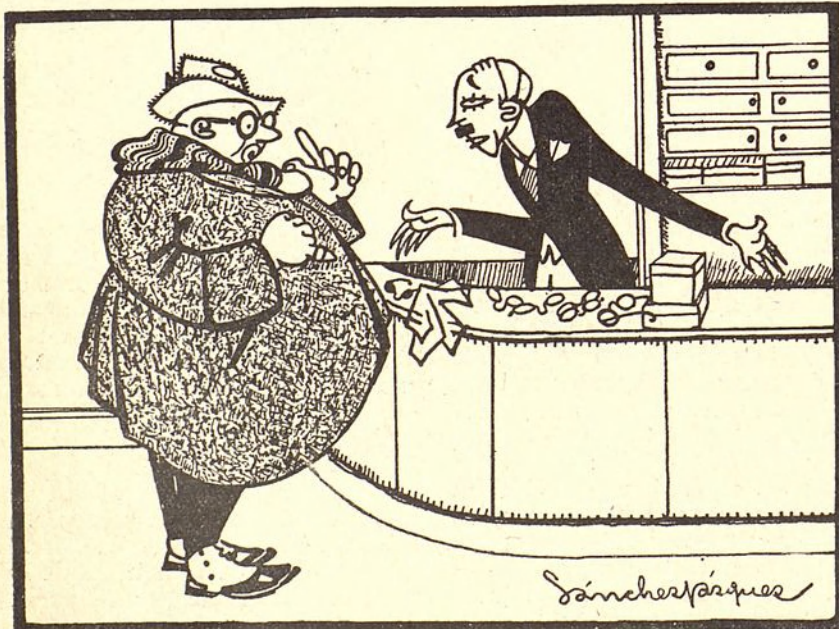
Todas las noches, antes de acostarse, miraba con embeleso la pistola que adquirió en Madrid. ¡Cómo deseaba hacer uso de ella!... Mas era imposible. ¿No podía arruinarse? ¡Luego tampoco se podía matar! No se metería una bala en la cabeza mientras le quedara un céntimo en el bolsillo.

Y su fortuna iba creciendo, creciendo... Seis millones, siete, ocho... ¡Horroroso, horroroso!



El mes pasado, cuando comía en Montecarlo, Luis Gomara se tragó una espina. Un médico acudió presuroso con unas pinzas para intentar sacársela. Todo fué inútil: Luis Gomara se ahogaba; murió a los cinco minutos. Su mujer ha heredado diez millones de pesetas.

ANTONIO GASCÓN.



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

EL DEPENDIENTE (que le ha probado infinidad de gafas). — ¡Es raro!... ¿Dice usted que no ve con el izquierdo?... ¿Y a qué lo atribuye?

EL CLIENTE. — ¡Como no consista en que lo tengo de cristal!...

CHARIVARI

RECETAS

*¿El medio de curarse pronto?
Pagar al médico cuando se esté bueno.*

*¿El medio de no llegar a viejo?
Morirse a los treinta años.*

*Le dicen a uno los médicos:
«Cambie usted de aire; el de la Sierra es muy puro.»*

Lo malo es que no se puede vivir del aire.

¡PALABRAS, PALABRAS!...

*Nada es verdad ni mentira,
ni en nada puedes creer,
pues la verdad de mañana
era paradoja ayer.*

¿.....?

¿Será verdad que en Madrid viven más de cincuenta mil individuos sin otra profesión que la de tener cédula?

¡LÍBRAME, SEÑOR!...

Me dan más miedo los que me alaban sin ton ni son que los que me combaten o calumnian.

EL CAPITAL Y EL TRABAJO

— ¿Me pides que te defina qué entiendo por capital y qué entiendo por trabajo? Escucha y lo aprenderás: ¿Que tú me prestas diez duros? ¡Ahí tienes el capital!

— ¿Y el trabajo?
— Lo que sufras si me los quieres cobrar.

¡VAYA SUERTE!

Está mi mujer contenta con el marido que ha dao: por el día estoy durmiendo, y por la noche acostao.

PAREADO

*Las viejas que con jóvenes se [casan,
con el traje de boda se amortajan.*

ISIDRO DE MADRID.

¡AHORA LO COMPRENDO TODO!

Por JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

— ¿Qué has logrado yendo, bella Cayetana, por carnestolendas a la Castellana con una levita de tu señorito, y una canariera de don Agapito, y unos pantalones cortos de tu hermano, y un bastón de borlas en la diestra mano? ¿Qué es lo que has sacado yendo de bracero con tu prima Pura, la hija del bollero, joven que, vestida de infeliz bebé, luce unas pantorras... como yo me sé? Si eres chica honrada, porque Dios lo quiere, y estás siempre seria como un miserere; si te causa enojo que un gachó te mire y a ninguno dejas que por ti suspire; si das cada torta que le vuelves loco al que sólo intenta tropezarte un poco, ¿qué sacaste en limpio, bella Cayetana, yendo con tu prima por la Castellana,

dando tantos brincos, voces y carreras, como si esos días la razón perdieras, y sin enfadarte por los empujones de los jovencitos y los camastrones, que cuando se fijan en tus morbideces...

no quiero decirte lo que les parece? Esas expansiones tan escandalosas son para las furcias poco escrupulosas, no para las chicas, como tú, formales. ¿Es que el juicio pierdes en los Carnavales?

— Es que con mi prima voy a todos lados, pues vivimos como dos enamorados, y disfruto tanto con lo que me mima, que no tengo novio porque tengo prima.

— Bueno, pues me basta con lo que me dices. ¡Anda, y que te zurzan! ¡Vaya unas narices! ¡Y yo que creía que eras tan formal!... ¡¡Qué descubrimientos hace el Carnaval!!...



EL ENTIERRO DE LA SARDINA

Dib. E. S. PLANDIU. — Madrid.

UN BORRACHO. — ¡Estoy muy triste, Juan Manuel, y no bebo más vino!...

EL OTRO. — ¡Siempre que vamos de entierro dices lo mismo!...

Ayuntamiento de Madrid

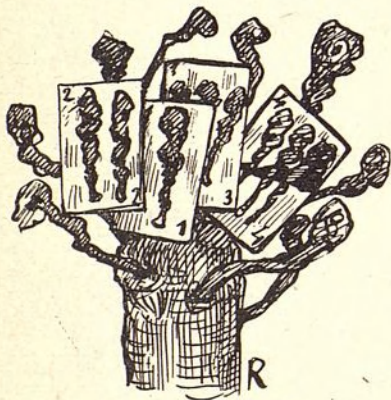
LOS ÁRBOLES DE LOS BASTOS

Al pasar durante el invierno por los *parterres*, y también por las carreteras, vemos unos árboles trancones que no llamaré más que «los árboles de los bastos».

Impresionan estos árboles, que amenazan con sus cachiporras, con sus muñones desencajados, con sus puños con reuma articular.

Es terrible pasar una noche de luna por la avenida de los árboles trompudos, de esos gigantescos perches de numerosos brazuelos hostiles.

El invierno se reconoce, sobre



todo, en esos árboles, en que parecen estar petrificados los boxeadores recalcitrantes, y se pegarían unos con otros en una lucha encarnizada si no pesase sobre ellos la inmovilidad que les dan sus raíces.

Recuerdan esos árboles eso que se llama «una partida de palos», o quizás, mejor dicho, «una tanda de puñetazos».

La primavera los encubre, disimula su monstruosidad, los redondea, les da una simetría perfecta, les eriza de ramas cubiertas de hojas, y consigue que tenga su copa una bella redondez.

Durante la primavera nadie creería que eran otra cosa que unos árboles querúbicos, verdaderos bolinches dorados de los paseos; arbolitos un poco retacos en cuyo ramaje están los pájaros, como al alcance de la mano, en la jaula de la libertad.

Por la avenida de esos árboles

con peinado de peluquería, se es muy elegante durante la primavera y el estío. Todas las siluetas humanas son altas, y hasta los niños aumentan de tamaño y parecen ya pollitos andando por el paseo que bordean esos árboles bajetones y proporcionados al mismo tiempo.

¡Ah, pero en cuanto viene el invierno, otra vez se quedan desnudos como pobres de hospital, como inválidos de las catástrofes, como apostrofadores y blasfemos iracundos, que no tienen la grandeza que tienen en sus retorcimientos y contorsiones los olivos! En el infierno del Dante no figuraron estos árboles, porque son un poco grotescos, como bufones enanos. Carecen en medio de todo de importancia, hasta poder decirse que ponen un poco en ridículo los jardines del invierno.

¡Pobre amenaza la del hombrón de brazos muy cortos! Como no tendrá fuerza ni espacio para la flexión violenta, sus puñetazos serán siempre flojillos, y sólo podrá dar algunos «metidos».

— ¡Qué feos sois sin careta, amigos! — les digo yo cuando los veo en el paseo del Retiro sin su gran peluca y su careta de bebés.

Los niños los temen mucho, y yo los he visto correr de pánico que les ha entrado al pasar junto a ellos, porque esos árboles son para las pesadillas de los niños, los árboles que cubren el camino que va a casa de la bruja antropófaga.

No van al *parterre* los niños en el invierno por no encararse con esa partida de árboles, que es verdaderamente para ellos la «partida de la Porra».

Los demás árboles de los jardines sienten un gran desprecio por éstos, y dicen a voz en grito:

— ¡Miradles las manos! ¡Que manos más ordinarias tienen!

Y son abandonados como leproso en una avenida aparte, algo así como en la leprosería del invierno.

Juegan con sus mazas como en la sala de gimnasia, y por lo menos gastan alguna broma al que pasa, y si se enteran que es un loco, le dan un coscorrón.

Pero esos árboles tienen un se-

creto que yo he sorprendido este invierno cuando comenzó la caída de la hoja; y es ese secreto: que mezcladas a las hojas que caían de esos árboles había numerosas cartas de baraja, todas del mismo palo, todas bastos, y he sorprendido recogiendo a los fabricantes de naipes, pues el basto genuino de la baraja genuina tiene que ser el que produce este árbol tan típico, en el cual los bastos son como numerosas ilustraciones intercaladas en el texto impropio e innumerable de sus hojas...

Las primeras hojitas de la primavera son como el vello rubio de



sus brazos toscos y renegridos, y es conmovedor ver aparecer la primera hoja formal, porque es como una ternura especial, es más, como un canario que come una hoja.

También les salen unas ramitas como dedos renovados de sus muñones, y todo el árbol parece venir de la verbena del otro mundo con los pitos floridos.

Parece que se abren sus puños cerrados, parece que sueltan lo que tenían guardado en la mano, parece que los bastos se esconden, y parecen que quedan curados para siempre estos pobres desgraciados, estos grandes fabricantes de bastos, estos tórculos para los naipes de ese palo, estos bailadores de garrotín en los parques que se quedan en los huesos durante el invierno.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Dibujos del escritor.

CAÑO LIBRE

Si las informaciones telegráficas no mienten, hay una población importante en la cual los almacenistas de café, ni cortos ni perezosos, han aumentado el precio de la mercancía en un 80 por 100.

Fíjense ustedes bien: los almacenistas, unos buenos señores que tenían guardadas grandes cantidades de café para proporcionárselas con su cuenta y razón a los detallistas, y que al enterarse de que en las tarifas del nuevo Arancel está muy recargado el género, se han apresurado a cobrar... lo que no pagaron en la Aduana.

Al parecer, eso es hacer un negocio como otro cualquiera; pero, en el fondo, es otra cosa. En el fondo, es... robar. Y a mansalva y sin peligro, porque como no se arrastra a nadie...



Y a propósito de Aranceles:

Desde el punto y hora en que salieron a luz en la *Gaceta* empezaron a llover las protestas de todas partes. Pero con gran asombro mío y de todos los que se espantan ante un nuevo encarecimiento de la vida, la mayoría de los protestantes no lo son porque se hayan aumentado exageradamente algunas tarifas, sino porque no se han aumentado también en la misma proporción las que a ellos les interesan.

Por ejemplo, papeleros y trigueros, que son los que más alborotan, no se quejan de que el nuevo régimen aduanero impida el abaratamiento de los transportes, de las vituallas, los vestidos y las viviendas, sino de que no imposibilite igualmente el del papel y el trigo.

Es decir, que accionistas, fabricantes y propietarios lo que desean es que no haya excepciones en la tranquila explotación de los consumidores.

Y al que se concreta a trabajar para obtener los medios de resistir el alza..., que le parta un rayo.



Lo chusco, en lo que se refiere a la cuestión del papel, es que no son solos los accionistas y consejeros



Elías

... NI LAS PERLAS DE ORMUZ

Dib. ELÍAS DÍAZ. — Madrid.

— ¿Hablaste ya con tu tío Enrique del regalo de boda?
— Sí. El quería comprarme un collar de perlas; pero yo he preferido que me mande una criada.

de administración de las fábricas, como sería casi lógico y casi natural, los que alzan la voz pidiendo que se reforme el Arancel en sentido más proteccionista aún para impedir la competencia de los extranjeros, sino que hay bastantes periódicos que ponen también el grito en el cielo ante la sospecha de que el papel que necesitan pueda abarataarse.

Y este fenómeno es completamente nuevo en el mundo.

Eso de que los consumidores protesten de la posibilidad de pagar menos para no causar perjuicios a los pobrecitos abastecedores que procuran enriquecerse a su costa, es cosa que jamás había ocurrido.

¡Y luego hablarán mal de los periodistas! Angelitos de Dios, que se sacrifican por la prosperidad ajena...



Cuando se discutió en el Ayuntamiento el tema de la municipalización de servicios del nuevo madero, cuentan que dijo un concejal que no debía tomarse como ejemplo la incautación de la Fábrica del Gas, que dió tan desastrosos resul-

tados, porque aquello fué un negocio sucio realizado con la mayor frescura por unos señores poco aprensivos.

La afirmación, si los relatos periodísticos son exactos, fué rotunda y concreta. Y constituye, por tanto, una denuncia pública y casi solemne de un delito o varios delitos, por lo cual, lo extraño es que el fiscal de S. M. no haya ordenado todavía su comprobación inmediata para castigar a los culpables, si los hubiere, o al denunciador, si su aseveración era calumniosa.

Porque dejar el asunto así, en el aire, es dar a entender que los intereses públicos no están defendidos, y que eso de la espada de Temis, cuando se trata de gente de campañillas, es un cuento tártaro.

Y perdóneme el señor fiscal que me atreva a excitar su celo. Pero como debe de tener muchas cosas en que pensar, a lo mejor no ha caído en la cuenta.



Ya se ha arreglado la cuestión de Tánger.

¿Saben ustedes cómo?

Los periódicos franceses han dado la única solución posible:

Tánger no puede ser internacionalizado ni sujeto al protectorado de España porque pertenece al Imperio de Marruecos, y el Imperio de Marruecos tiene un Sultán, que es el único que manda en el territorio.

De modo que no hay caso. En Tánger no puede haber otra autoridad que la del Sultán; y como el Sultán es un muñeco de trapo puesto por Francia, resulta más claro que la luz que es Francia la única que puede mandar en Tánger.

¿Ven ustedes con qué facilidad nos hemos quitado un quebradero de cabeza?

SINESIO DELGADO.

ORATORIA POPULAR El sacamuelas moderno



A escena tiene lugar en una plaza, plazoleta, glorieta o square cualquiera de Madrid. En el centro de un nutridísimo corro, formado por curiosos de ambos sexos (o para decirlo mejor, cada uno de su sexo correspondiente, porque hemos descubierto que un curioso de ambos sexos es imposible), en el centro de ese corro, repetimos, puede verse un coche de punto en el que perora un afamado doctor de esos que esparcen su ciencia por las vías públicas, sacrificándose en aras de la Humanidad doliente, tipo que, aunque suele ser mirado por la gente con algo de choteo sarcástico, tiene en nosotros una respetuosa admiración, porque si reconocemos el mérito del especialista en vías respiratorias o en vías urinarias, no hemos de negar que el especialista en vías públicas domina un campo mucho más amplio.

Este hombre, durante su peroración, se toca la cabeza con un gorro turco y las narices con el dedo gordo. En el asiento del coche hay un cajón lleno de botes con los maravillosos específicos de su invención. La frase «lleno de botes» no expresa la cantidad enorme de ellos que el cajón contiene, por lo cual preferimos decir que el cajón está lleno «de bote en bote».

A la plaza le sucede lo mismo, lo que quiere decir que el espectáculo le agrada al público. El doctor agi-

ta una campanilla de metal y se deshace la otra campanilla dando gritos formidables.

Oigamos su luminosa disertación:

— ¡Señoras y señores!... ¡Paseantes, trajinantes, viandantes, caminantes y demás circunstantes!... ¡Alto aquí!... ¡Alto y descansen!... ¡Va a tener el honor de dirigiros la palabra el doctor James, el afortunado, si que también noruego, inventor de los más notables específicos para la curación de toda clase



Dib. NAVASOL. — Madrid.

— Yo m'arranco... ¡A lo mejor me cree de cuota!...

de enfermedades: desde el modesto catarro nasal hasta la suntuosa peste bubónica...; y no vean ustedes en esta frase que yo pretenda establecer relación alguna entre las narices y la pestel... (Risas de los ignorantes.)

«¿Qué sería de los que sufren de los callos si no fuera por el doctor James?... ¡Pues que hubieran andado cada día peor!... ¡El callo es el enemigo natural de la gentileza, la antítesis del garbo: con el callo un fox-trot resulta un lío, con el callo un militar pierde la marcialidad al marchar al compás de la charanga, con el callo un empleado llega tarde a la oficina, y otras cosas que callo por no cansar al auditorio!... Pues ¿y los ojos de gallo?... ¡El que anda con ojo es porque quiere!... ¡Mi notable invento, la Arza-

palantina, llamado así porque con ella arza pa alante todo el mundo, la he empleado ya con mucho ojo..., y todos los que tenían ojos han visto sus resultados!... (Lanzando un grito sedicioso.) ¡Guerra a los callos, caracoles!... ¡Puedo presentar infinidad de testimonios escritos de personas que han curado con mi panacea!... (Enseñando un retrato al magnesio y al público.) ¿Ven ustedes esta numerosa familia? ¡Es una ilustre familia judía! ¡Un banquero judío con siete hijas!... ¡Todas las judías estaban con callos!... ¡En cuarenta y ocho horas acabé con ellos!... (Murmullos de incredulidad. El doctor noruego se hace el sueco y echa mano de otro bote.)

»Pues ¿y este otro específico, señoras y señores? ¡La Yodotomadura del cabello, el remedio más radical para la calvicie!... Ustedes tendrán algún amigo a quien no habrán visto el pelo en mucho tiempo, ¿verdad?... ¡Pues allí está indicada la yodotomadura!... ¡Tengo botes para que salga pelo liso, botes para que salga rizado; y por seis reales más, preparado especial para señoras, para que salga con moño hecho y horquillas de fantasía!... ¿Quién quiere un bote?... ¡A quién le doy un bote?... ¡No hay nadie que necesite un bote?... ¡No piensen ustedes que quiero embarcarles a la fuerza! ¡Estos botes se recomiendan solos; pero si hay algún paciente que esté a dos velas, se le regala el bote!... ¡Ah, una advertencia: hay que tener cuidado de no llevar este elixir a la cocina, porque con una sola gota que caiga en el puchero, se encuentran luego pelos en la sopa!... (Aplausos aislados, que degeneran en un compás de tango argentino. James, impávido, como mártir de la ciencia, exhibe una especie de parche poroso, sin molestarse por eso.)

»¡Vean ahora la última palabra en parches para los catarros! ¡Los caballeros, para aliviarse, tienen suficiente con un solo parche; pero a las señoras es conveniente parchearlas mucho!... ¡No hay catarro que se me resista! ¡A mí no hay quien me tosa, porque lo mismo que le doy para el pelo le doy para los bronquios!... ¡Tengo el gusto también de ofrecer al público mis servicios como cirujano y operador! ¡Método modernísimo, futurista y norteamericano! ¡Yo he curado a infinidad de cojos! ¡He aplicado pier-

HUELGA DE CLIENTES, O EL PROBLEMA DEL TRAJE



Un cronista madrugador habló estos días de los preludios primaverales que flotan en el ambiente.

Nosotros, al leerle, dimos en pensar en el aroma de las violetas, en la atmósfera soleada y en algún género de mezcilla para el traje que hayamos de lucir cuando nos lancemos a la calle a cuerpo.

El poeta dispúsose a templar la lira, y el sastre a enhebrar la aguja, dándonos a entender ambos que todo era cosa de *coser y cantar*.

Pero, ¡sí, sí! En cuanto al primero, pronto convencieronle varios estruendosos estornudos de que no conviene precipitar los acontecimientos. Y con respecto al segundo, baste con decir que continúa bostezando tras el mostrador, en una inútil e inquietante espera de clientes.

¡Ah! Y conste que lo que el poeta aguarda, que es ver vestidos a los árboles (ya que él no ande bien de ropa), no dudo que vendrá con el tiempo. En cambio, lo que espera el sastre, que es ver vestidos a sus clientes, ya es otro *cantar*, u otro *coser*, si ustedes quieren.

Porque, dado el precio fabuloso que alcanzan los géneros (conozco bien *el paño*), van a ser contadísimos los individuos que se decidan a comparecer ante su sastre.

Con eso quedan explicados el tenaz retraimiento de los clientes y la justificada alarma de los proveedores.

De ahí también que, cada tres días, manden éstos a sus ex parroquianos una atenta circular, poniendo en su conocimiento que han recibido tal o cual remesa de géneros ingleses (lo de *ingleses* no es alusión a los parroquianos), que, por su calidad y *economía*, habrán de satisfacerles, etc., etc.

Los clientes pasan la vista con indiferencia por la circular del hombre de la aguja, y en seguida entregan el impreso al chiquitín de la casa para que se adiestre en su recreativo deporte de tijeretearlo todo.

Mientras tanto, el sastre, en su desierto establecimiento, interroga desconfiado al aprendiz:

— Oye, muchacho, las circulares las repartiste tú mismo casa por casa, ¿no?

— Sí, maestro.

— ¿No las echaste en alguna alcantarilla? Porque, hijo, ¡ni que los parroquianos se hubiesen puesto de acuerdo!

Y no es que se hayan puesto de acuerdo los parroquianos. Lo que sucede es que, en vista de que los sastres no rebajan un ápice el precio de los paños, el que más y el que menos ha empezado a *movilizar las reservas* del ropero, a fin de darle la batalla al hombre del jaboncillo.

— A ver, Magdalena — dice a su cónyuge don Celestino, jefe de Negociado en Gracia y Justicia —, ¿está pasadero el terno éste que había en el armario?

— ¡Celestino, por Dios! ¡Si ese es el que te hicieron cuando ascendiste a oficial cuarto!

— ¡Déjate de minucias retrospectivas! ¿Puedo tirar con él?

— Según. Si es para ir a la oficina... Pero no te dejes ver mucho de tus subordinados, porque harás el ridículo.

— ¿Sí? ¡Que te crees tú eso! Y perdona esta frase chulapa impropia del número 1 de mi escalón. Tú no sabes qué ternos llevan los demás a la oficina. Domínguez, el oficial, se presentó ayer con una casaca de su bisabuelo, que peleó a las órdenes del *Empecinado*. Con el cuello subido tenía todo el aire que muestra en los retratos al óleo nuestro señor D. Fernando VII.

— ¡Caray, Domínguez! — le dijo un auxiliar —. ¡Vaya americana que se trae usted! ¿Es el último grito?

— ¡Es... las narices de Sánchez Toca!

— ¡Hombre, no se ponga usted así!...

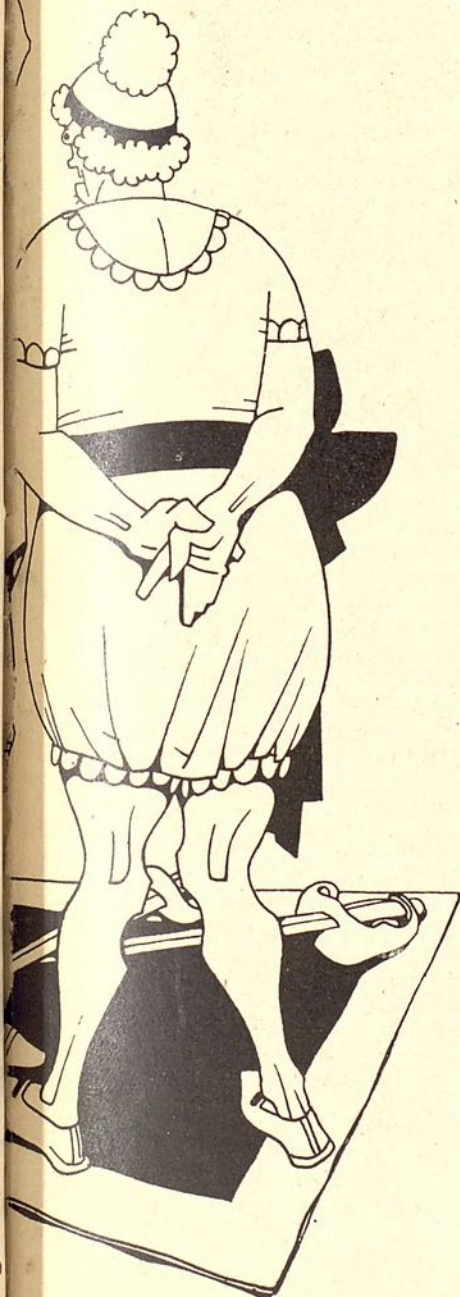
— ¿Cómo? ¿Enfadarme yo? ¡Permítanme ustedes que me sonría ligeramente!

— El caso es que, bien mirado, no le sienta mal.

— A mí, no. A quien le va a sentar mal... es a mi sastre. Pero ¿qué se creía él, que iba yo a enviarle mis cuarenta duros de haber líquido por el traje de este invierno? ¡Magras!

— ¿Y qué ha hecho usted?

— Nada. Armar la revolución del 68 en mi baúl hasta dar con el terno éste que admiran ustedes ahora. Le vi, y me sugirió la idea de enviarlo a que me lo metamorfosara un alfayate de portal. ¡Que me lo deja nuevo..., es vie-



Dib. K-Hito. — Madrid.

Y es porque no mascas bien...

¡ol, pensé examinando el traje. Y dicho... y deshecho. Es decir, que el sastre económico le metió la tijera, me lo volvió, y he aquí cómo por unas pesetas tengo terno para la temporada. Fué una suerte. Una suerte... que le brindo a mi sastre.

✱ ✱ ✱

Como Domínguez ha habido muchos madrileños. La prueba es que no se ve un traje nuevo por las calles. Igual que en el teatro, hay en los trajes y gabanes arreglos, adaptaciones, piezas y reprises. Se aprovecha, se apura, se estira... Y mientras tanto, se enriquecen los sastres de portal, y los otros huelgan.

¡Pobres sastres de nuevo!

Por esta vez, los clientes les han dado lo que se dice una estocada

Y que, tratándose de sastres, ha debido de ser en las mismas agujas...

MIGUEL DE CASTRO.

TITIRIMUNDILLO

En Piñata aun quedan residuos del Carnaval, y los que en él se divirtieron, procuran mantener vivo el recuerdo. Los que se aburrieron, lo disimulan y hasta inventan aventuras que no existieron.

Oigamos sus últimos ecos:

✱ ✱ ✱

— Para bromazo, el que le dieron a Toribio.

— ¿Le dijeron que sacara la lengua?

— No; le dieron detalles de su vida íntima de tal modo que únicamente su mujer podía saberlos.

— ¡Y claro, era su mujer!

— No; un amigo.

✱ ✱ ✱

Aunque parezca mentira, en estos días hay más moralidad que en el resto del año.

Ahora todo el mundo habla de vestirse de esto o de lo otro, y en los demás días, la mayor parte de las veces sólo se habla de desnudarse.

✱ ✱ ✱

— ¡Qué derroche de confetti ha hecho Nenita López en la Castellana!

— Sí; figúrate que ha tirado picadas todas las cartas que le ha escrito su novio desde que tienen relaciones.

— Pero ¿tanto le ha escrito?

— Es que habrá mezclado las cartas de otros espontáneos.

✱ ✱ ✱

— ¡No me conoces! ¡No me conoces!

— Ni me importa. Apártate, destrozona.

— ¡Parece mentira que me trates ahora, así, cuando tanto me has hecho el amor!

Una señora a la que acompaña el embromado:

— Vamos, Pepito, no trate us-

ted así a esta desgraciada. ¿No le han gustado a usted siempre las criadas?

✱ ✱ ✱

La entrada en un baile de máscaras es siempre lo mismo: animación, alegría e ilusiones de que va a surgir una conquista. La salida es también idéntica casi siempre: ver quién conoce al comisario del distrito para que dé una recomendación eficaz.

✱ ✱ ✱

— ¡Calla! ¿Sabes que me parece que aquel dominó es mi mujer? ¡Dios mío, si habrá venido a sorprenderme!

— Espera que me acerque yo.

A los pocos minutos, el amigo vuelve.

— Puedes estar tranquilo. No es ella.

— ¿Le has hablado?

— No; pero he reconocido que esas caderas no son las suyas. ¡Buena diferencia de dureza!

✱ ✱ ✱

— ¡Adiós, Escolástica, no me conoces! ¡No me conoces!

— No.

— Pues yo a ti sí, y sé que te gusta tu señorito y que como se entere tu señorita se va a armar buena.

— ¿Sí, eh? Pues no me gastes esas bromas, porque te he reconocido.

— ¿A mí?

— Por lo menos al dedo ése que llevas. Es el mismo con el que das en el peso cuando voy a tu tienda a comprar garbanzos.

✱ ✱ ✱

— ¡Chico, qué mujer más estúpida!

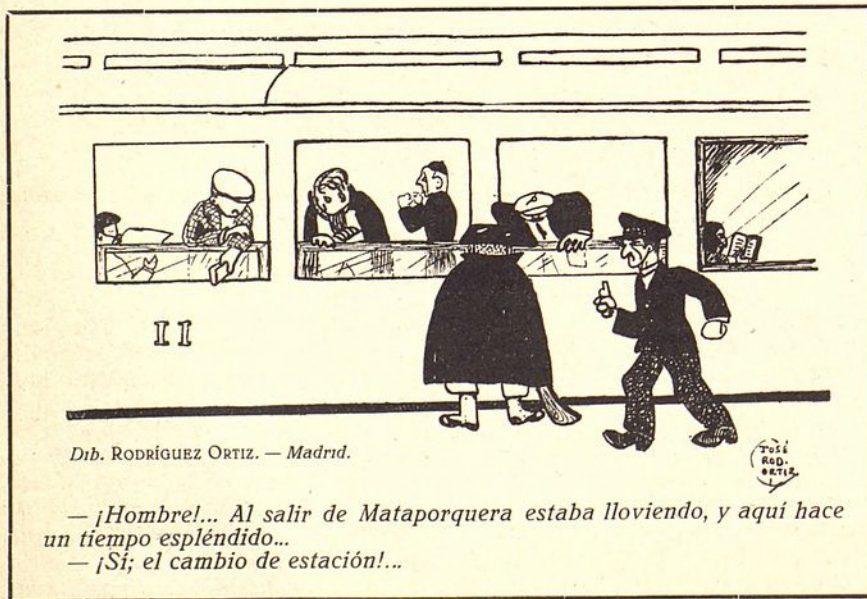
— Alguna máscara, ¿eh?

— ¡Ca, mi patrona! La he propuesto llevarla al baile de Piñata, y ¿sabes lo que me ha contestado?: que se contenta con que la pague el mes y pico que tengo de retraso.

✱ ✱ ✱

Esposas cándidas, desconfiad de los maridos que tienen asuntos urgentes que tratar fuera de casa en las noches de baile, aunque digan que van a una junta de accionistas.

El asunto es de emparedados y champagne, y los que tienen que pagar luego todas las acciones son ellos.



— ¡Hombre!... Al salir de Mataporquera estaba lloviendo, y aquí hace un tiempo espléndido...

— ¡Sí; el cambio de estación!...

CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS



Dib. CABANES.

Wenceslao Fernández Flórez, José Francés y Joaquín Belda, prestigiosos novelistas que han formado el Jurado de nuestro concurso, y cuyo fallo publicamos a continuación:

ACTA

Reunidos en la redacción de BUEN HUMOR los que subscriben, honrados por la Dirección de dicho semanario con el encargo de dictar fallo en el concurso de novelas humorísticas, acuerdan:

Conceder el premio de **QUINIENTAS PESETAS** al original titulado **Andanzas de Ulises Redingot** (lema, "Piscis").

Recomendar especialmente para su publicación las obras tituladas *Aventuras del capitán Norton* (lema, "Antonio de Sandorval") y *Bechamel juega a las damas* (lema, "Fúcar-Street-California").

Consignar que las novelas *Paradoja* (lema, "Ritorna Vincitor") y *Alicia, la Maniquí* (lema, "Sonó la flauta") serían igualmente recomendables, si no estuviere ausente de ellas la nota de humorismo, imprescindible en este concurso.

Abierto el sobre cuyo lema correspondía al de la obra premiada, resultan ser autores de la misma los señores D. José María Quiroga Pla y D. Pedro Caravia Hevia, de Madrid.

Y para que conste, firman en Madrid el día 25 de febrero de 1922. — WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ. — JOSÉ FRANCÉS. — JOAQUÍN BELDA.



La Dirección de BUEN HUMOR, complacida del éxito del concurso, hace pública su gratitud a los ilustres escritores que han dictado el anterior fallo, y ruega a los autores de las obras *Aventuras del capitán Norton* y *Bechamel juega a las damas*, recomendadas por el Jurado, tengan la bondad de comunicar por escrito su nombre y dirección, con arreglo a la base E del concurso.



LAS VENTAJAS DEL "KNOCK-OUT"



CUATRO..., cinco..., seis..., siete..., ocho..., nueve... ¡Out! Mientras el pobre Pickson permanecía con las narices metidas en el suelo, con los brazos abiertos y las piernas encogidas, como si estuviera nadando, y el espíritu en el insondable infinito, la multitud aclamaba entusiasmada al

barbarote de Jackson, que de un puñetazo como el que podría dar un toro, si los toros dieran puñetazos, había enviado a su enemigo al país de los sueños, amén de quebrarle dos costillas, la arcada surciliaria y el tabique nasal. El árbitro participaba del entusiasmo general, y levantaba el brazo del vencedor con tanto ímpetu, que estaba a punto de arrancárselo. Hasta los

«segundos» del vencido, ocupados en aplaudir al vencedor de su maestro, se olvidaban de éste, que yacía exánime sobre la lona.

Cuando el tumulto se había apaciguado y el entusiasmo provocado por el desenlace del encuentro tomó una tregua, los ayudantes de Pickson llevaron arrastrando la pilitra sanguívolenta a que había quedado reducido su maravilloso

organismo de cargador del muelle, hasta el rincón que por clasificación le había correspondido. La sangre se desbordaba ya del *ring* y empezaba a inundar la vasta sala, salpicando los uniformes de los *polícemen*. Las extravagantes mujeres que asistían al emocionante espectáculo se mojaban la mano derecha del rojo producto de las arterias de Pickson y se frotaban los cabellos con frenesí, mientras pronunciaban palabras incoherentes.

Cuando le hubieron volcado encima un cubo de agua helada; cuando los masajistas le hubieron sobado concienzudamente; cuando hubo aspirado media tonelada de amoníaco, como en sus mejores tiempos de bebedor de *brandy*, Pickson empezó a recobrase. Abrió a medias un ojo, escupió por el colmillo único que le quedaba sano, se rascó el cerviguillo y exclamó suspirando, con voz de doncella recién raptada:

— ¿Dónde estoy?...

— Aquí, tontín, con nosotros. En Nueva Torreledones del Sur. Yo soy Rickardy, tu *manager*; ¿no me conoces?

En aquel momento Jackson, que se había *desnudado* del traje de boxeador y se había puesto el de calle, salía del vestuario, dirigiéndose al *ring* para dar a su enemigo el ósculo de los adversarios leales. Verle Pickson y saltar como un gamo a una platea, coger la escalera y salir por la Sexta Avenida a la velocidad de un bólido, fué todo uno.

— ¡Que sujeten a ese hombre! ¡Que viene por mí! ¡Que ya me ha dado bastante! — exclamaba,

sin cejar en su vertiginoso *cross-country*.

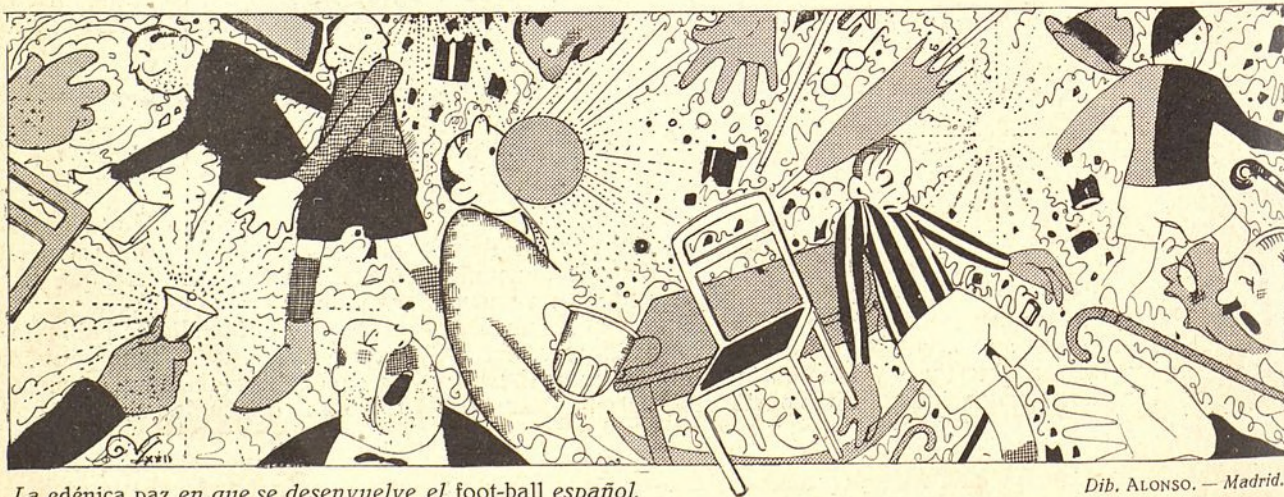
Un embotellamiento de coches y automóviles en el cruce de diez y siete avenidas y algunos callejones le obligó a detenerse. Sus entrenadores le dieron caza, y en una camilla movida por aire comprimido le llevaron a la *House of Socorro* más próxima. Entonces el doctor Toluing, de la Universidad de Pennsylvania, presidente de la Boxing Commission, colaborador de los principales órganos deportivos, halló ocasión propicia para exponer a sus dos mil quinientos oyentes, que se habían congregado a su alrededor y le pedían que contase algo, sus teorías acerca de las ventajas del *knock-out*.

— Empecemos por no confundir el *knock-out* con el *lock-out* y con el sabotaje, que son cosas completamente distintas. El *knock-out* es el estado en que se encuentra un boxeador al que un adversario más diestro, o simplemente más bruto, ha privado de razón con sólo la fuerza de sus potentes puñadas. ¿Es peligroso el *knock-out*? De ninguna manera. Mis concienzudos estudios en la materia me permiten asegurar que el hombre que se encuentra en ese estado no sufre; poco importa que el puñetazo le haya vaciado un ojo, o le haya destrozado la mandíbula, o que por paralización de las válvulas cardíacas el interfecto llegue al estado comatoso: el espíritu, ausente, recibirá las más agradables impresiones. La placidez más absoluta inundará su ser. Al recibir el golpe, el boxeador contempla una iluminación fantástica, cuyo origen no se puede

explicar. Miles de luminarias alumbran su espíritu con un fulgor tenue, apacible; los meridionales llaman a esto *ver las estrellas*, y no andan descaminados, pues es como el parpadeo de los astros en una bella noche de verano. Después las tinieblas, la sensación inefable de la nada, una especie de caos dulce, en el que no existen tranvías, ni rascacielos, ni siquiera la propia personalidad del *knock-outado*, que se diluye en sombras. Luego, un rumor como de oleaje lejano, cánticos graves, doblar de campanas armonioso e inaprensible. El boxeador pierde toda noción del tiempo y del espacio, se le ausenta la condición más enojosa de nuestro carácter: la memoria. Al despertar, asegura, y hay que creerle, que ha oído campanadas y no sabe dónde. Es inútil que en aquel momento se le presente la factura del sastre o la cuenta del restaurante. Viene de un cielo ideal, y asegurará sonriendo que no ha comido nunca y que nunca ha llevado otro traje que el parco indumento del *ring*. El boxeador *knock-outado* es el hombre perfectamente feliz.

Terminado su discurso, el doctor Toluing, de la Universidad de Pennsylvania, presidente de la Boxing Commission, colaborador de los principales órganos deportivos, intentó echar un guante; pero los dos mil quinientos oyentes que se habían congregado a su alrededor se hicieron los *knock-outados*, y, sonriendo beatíficamente, se perdieron en el fragoroso tráfico de las diez y siete avenidas y algunos callejones.

A. DÍEZ DE LAS HERAS



La edénica paz en que se desenvuelve el foot-ball español.

Dib. ALONSO. — Madrid.



PIERROT VIUDO... Y PERPLEJO

Dib. BUJADOS. — Madrid.

— ¡Pues, señor, no sé qué hacer!... Si ir al entierro de Colombina o al de la sardina...

Ayuntamiento de Madrid

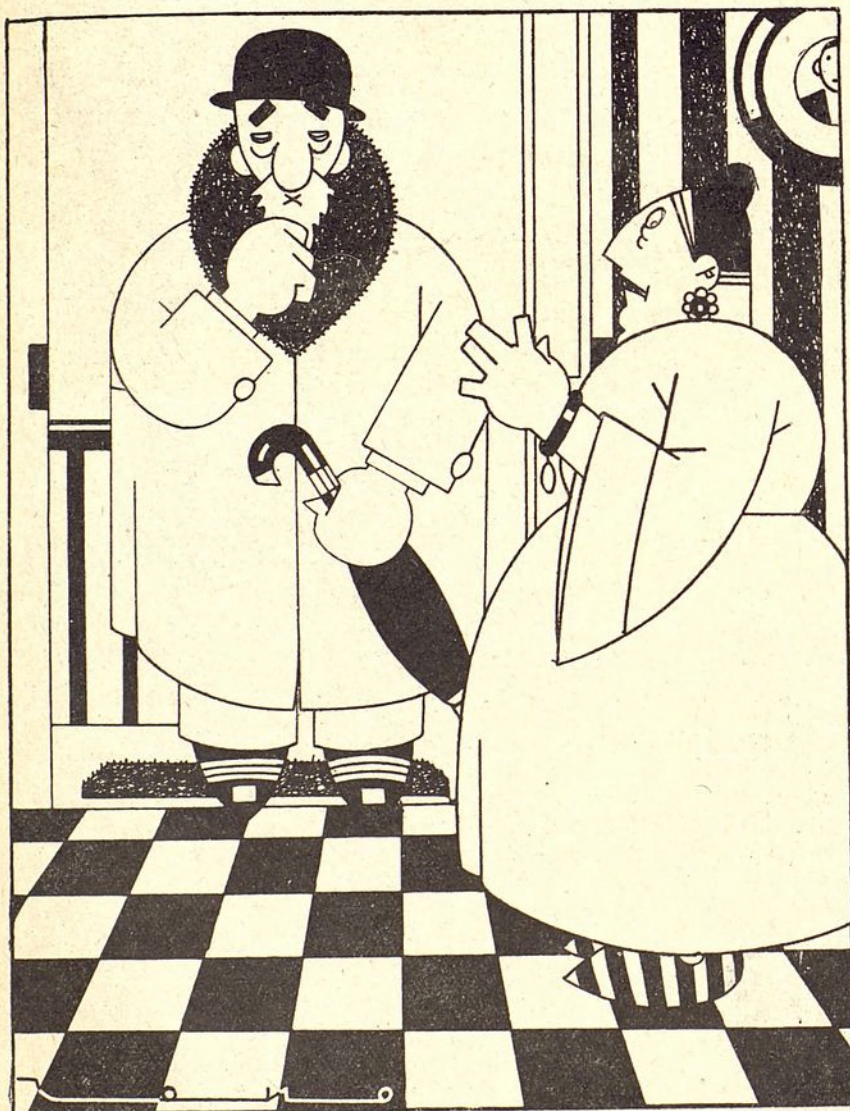
La desesperación y el arrepentimiento.

Vuelta al diario... 30 de febrero.
Baile de Carnaval... ¡Desesperada!...
¿Qué me pasó? Después de todo, nada,
pudiendo pasar todo:
por eso estoy así, tan indignada.

Aunque me sentí digna de aquel modo,
y hasta llegué a pegarle un bofetón,
¿qué hubiera sucedido
si, en vez de arrepentirse tan de pronto
y pedirme perdón,
me hubiera nuevamente acometido,
como era de cajón?

¡Ah, tonto, más que tonto!...
Si das otro empujón,
nada más que uno,
¿hubiera resistido al empujón
vehemente y oportuno?
¡Bien me lo tengo merecido!...
¡Ay, qué contradicción!...
¡Hay que ser tuno,
melón, más que melón!...
¡Mira que haberse ido
y haberme obedecido!...
¡Qué desesperación!

MANUEL ABRIL.



EL SABIO DISTRAÍDO

Dib. TONO. — Madrid.

— Hoy no te puedes quejar: no se me ha olvidado el paraguas.
— ¡Pero si hoy no lo habías sacado!...

GRAGEA

Las motocicletas son desagradables. Yo las comparo a los hombres intransigentes. Estos, cuando se exaltan, son igual que aquellas cuando empiezan a correr: mucho ruido, mucho ruido...

Algunas Exposiciones de pintura suelen tener sus salas en una encantadora penumbra. A pesar de esto, yo he querido muchas veces suprimir todas las luces; y como no me dejaban, he cerrado los ojos para comprender mejor el significado de algunos cuadros.

No tienen la culpa los chauffeurs de los atropellos de todos los días. La verdad es que los atropellados se meten debajo de los coches creyendo que allí se está muy bien.

Un suelto de un diario en el año 1940:

«Insistimos en rogar al director de la Compañía del Metropolitano que ponga un precio único para todos los trayectos. Existen en la actualidad ciento veintisiete precios distintos, y, francamente, el público pierde mucho tiempo mientras los empleados encuentran el billete que se desea...»

Está perfectamente justificado que haya mujeres que se escoten mucho. En sociedad hay que conservar las buenas formas, y mostrarlas también...

SATIRICÓN

BOSQUEJO HISTÓRICO-CARNAVALESCO

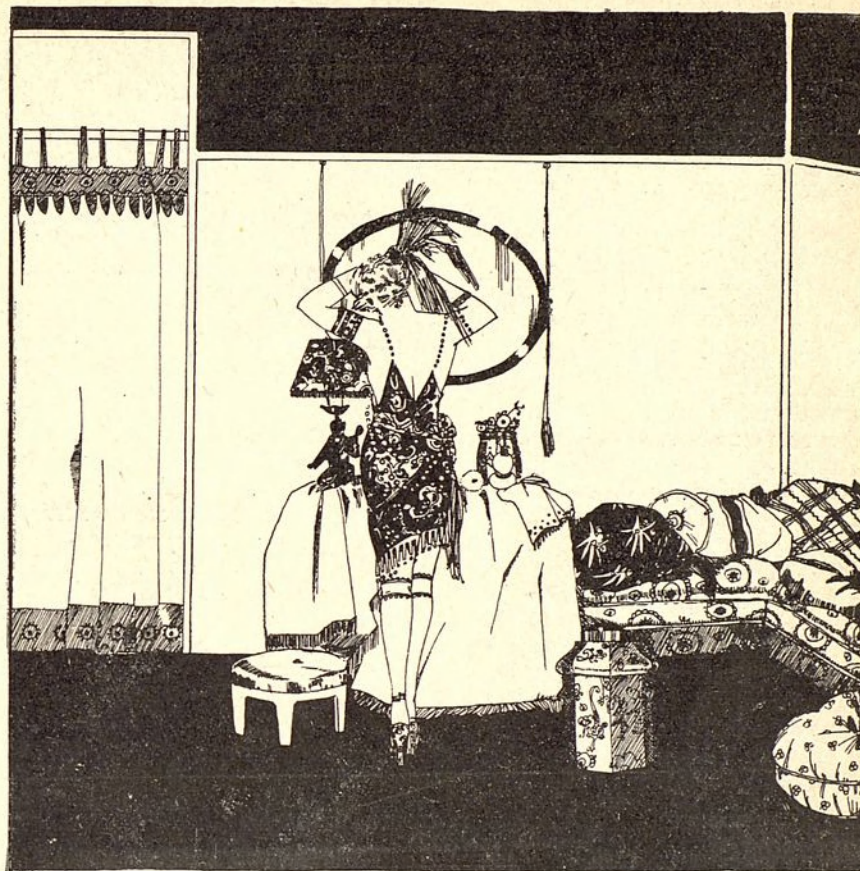


A conocen ustedes, al menos de oídas, la «noche de los tiempos»: ¡noche terriblemente oscura, porque, no habiéndose inventado aún la luz eléctrica y no disponiendo todavía de aceite ni de petróleo, los primitivos pobladores de la tierra sólo podían alumbrarse con mariposas!... Pues bien: una de las cosas que en aquella prolongada noche se perdieron, fué el origen del Carnaval; probablemente se perdería entre una y cuatro de la madrugada.

El primer ser que se disfrazó, fué el propio demonio; y no lo llamo así por lo travieso y chirigotero, sino porque fué Luzbel en persona quien ideó la treta de vestirse de serpiente — ¡él, que es un pez! —, para darle una bromita a la Humanidad, diciéndose picarescamente, mientras se enroscaba al árbol: «¡Pa mí que nieval... ¡Vamos, que ni-Eva va a conocerme!»

Sin embargo, no se tiene noticia de que en el Paraíso se celebrasen mascaradas ni fiesta alguna de Carnaval: con esto no pretendo descubrir nada nuevo, pues todos sabemos perfectamente que no es lo más propio celebrar el Carnaval en el paraíso, sino en el patio de butacas, convenientemente dispuesto. Puede tenerse por seguro, en consecuencia, que nuestros paradisiacos padres no lo celebraron, ni tampoco sus hijos, que, como nadie ignora, pasaron las de Caín.

Parece probable que la iniciativa partiese de uno de los pueblos de Asia, quizá de la China, dado lo propensos que son los de allí a hacer el chino; pero sin conseguir hacerla prosperar gran cosa, porque tropezaban siempre con multitud de chinitas a su paso. Apoderóse de la idea la India, y celebró con grande esplendor fiestas carnavalescas, utilizando para las iluminaciones los tigres «de Bengala»; luego pasaron a la Judea, donde estuvieron muy en auge por lo mucho que a los humanos les gustaban las judías, y por el característico licor que ellas fabricaban y al cual genéricamente se le denominó «licor de hebreas», que es el «licor de brea» ac-



Dib. F. BRADLEY. — Madrid.

— Yo creo que el disfraz no puede ser más bonito; pero temo que me van a conocer todos los amigos...

tual. No obstante, pasó también de moda la Judea, y los hombres, cada vez más pervertidos, decidieron celebrar el Carnaval en Turquía..., ¡cogiendo allí cada turcal...

A este último punto acudían numerosas expediciones de toda la tierra conocida, y en él comenzó la costumbre de enmascararse el rostro; por cierto, que a la máscara con que se lo cubrían no la llamaban careta, sino que, atendiendo a su apariencia de cara y a lo hueca o vana que está por el otro lado, la llamaban *caravana*, y de ahí que se designen todavía con ese nombre las expediciones análogas a aquéllas en Asia y Africa. Otro dato interesante es que tenía la exclusiva para la fabricación de caretas una mujer, la *señá Antonia*, o, familiarmente, la *Antoña*, y las hacía de encargo, bastando con asomarse a la puerta del establecimiento y decirle: «Hágame una cara, Antoña» (de donde proviene también nuestra usual palabra *carantoña*); después

las hizo su nuera doña Tula, y eran innumerables los pedidos: «¡Una cara, Tula!... ¡Una cara, Tula!...»; por lo que acabó llamándose *carátula* a la careta; y eso que, aunque al principio eran baratas, pronto fueron más subidas de precio, y luego *más-caritas* todavía.

Finalmente, en las posteriores épocas del paganismo, la historia del Carnaval es ya sobradamente conocida, y sería enojoso describir, por ejemplo, cómo los soldados galos se vestían *de gala*, o cómo se solemnizaban en Roma las bacanales exhibiendo una estatua de Baco en pie, en vez de aparecer sentado, según era lo corriente, saliendo del templo en magnífica carroza y regocijándose el pueblo con esta salida de pie de Baco o *de banco*, como después dió en decirse.

Respecto a su celebración en España, algunos la hacen datar de la época de los fenicios; pero otros lo rebaten, alegando que si hubieran pretendido disfrazarse aquéllos, los

españoles los hubiesen conocido en seguida por el olor especial: ¡como los fenicios olían a ácido fénico!...

Esta clase de festejos fueron los romanos, indudablemente, quienes los importaron; y mucho les debieron *importar* a nuestros ascendientes, por lo aficionados que a dar bromas pesadas eran sus dominadores: tan *pesadas* que traían sus correspondientes *romanas* al efecto.

En cuanto a su celebración en Madrid, data de muy antiguo y fué muy discutida al organizarse por primera vez; siendo difícil llegar a un acuerdo acerca del sitio que para ello debía fijarse: a unos les tiraba la Dehesa, a otros les parecía de más esplendor la Bombilla, algunos militares pidieron el Retiro, muchos querían irse a las Vistillas...

Al fin se optó por celebrar las carnestolendas en torno a la fuente de Neptuno, y de ahí que, siendo la carroza de este dios un *carro naval*, empezase la gente a llamar *carro naval* o *Carnaval* a la fiesta que entonces se efectuó.

Se ignora cuánto duró esto; pero, seguramente, a medida que todo ué subiendo, el Carnaval fué subiendo también... hacia el Hipódromo

mo y se celebró en la Castellana, hasta que el año pasado continuó subiendo y se celebró en Rosales. ¿Que Rosales no está más alto?... Pero, señores, ¡no ha de estar mucho más alto, si está más allá de la Montaña!...

MIGUEL A. CALVO ROSELLÓ.

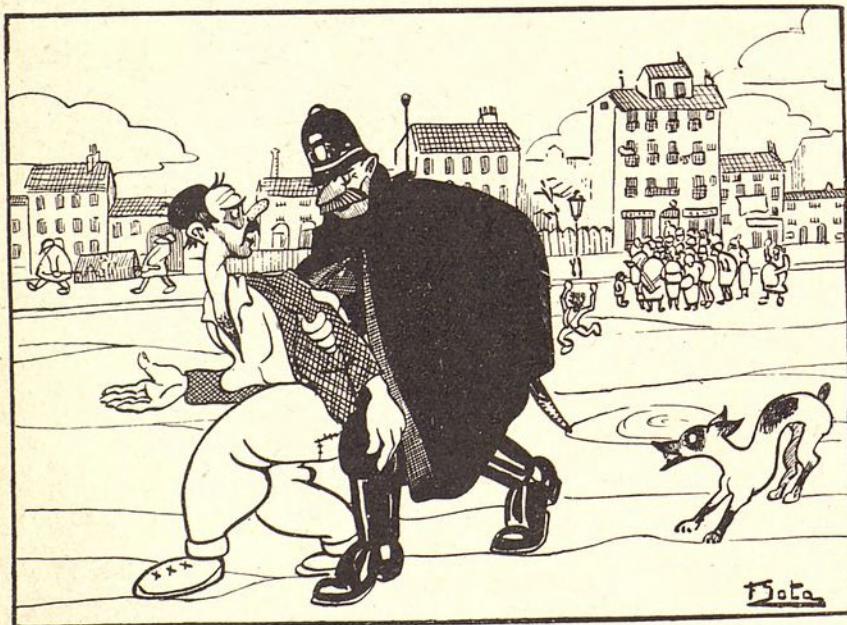
MASCARONES

*Con su aliento, sojuzgaba;
con su altivez, imponía;
con sus frases, aplastaba,
y España entera temblaba
cuando este león rugía.*

*Mas ¿por qué tomarle en serio,
si ya no existe su imperio,
si era un león de papel,
si hoy, que rige un Ministerio,
mandan todos menos él?*

*Desde que se hizo de miel,
a nadie asustan sus voces.
¿Le conoces?*

*Como se pierde de vista
y es rey del malabarismo,
cultiva con gran cinismo
la causa regionalista
y chupa del centralismo.*



Dib. SOTA. — Madrid.

— ¡Qué bárbaro!... ¡Tirar a su mujer por el balcón!...
— No lo hice con mala intención; es que tenía hipo, y me aconsejaron que le diese un susto.

*El no se anda con romanes
cuando hay que clavar la uña,
y, sintiéndose garduña,
es ministre de Finanzas
a favor de Cataluña.*

*Pero luego se enfurruña,
y amenaza con las hoces.
¿Le conoces?*

*Con una blanca corbata,
un traje de Libertad
y una elocuencia muy «lata»,
este apreciable batata
pretende la Potestad.*

*Pero aunque sopla el amigo
por tumbar al enemigo,
don Alvaro y don Manolo
son dos peñascos «de abrigo»,
y no los derriba él solo.*

*Es una especie de Eolo
«entre dos peñas feroces».
¿Le conoces?*

*Sin preparación ninguna,
en una boda oportuna
se encontró este abogadete
un título, una fortuna,
un partido y un bufete.*

*Insulso de cabo a rabo,
aparenta ser platino,
y es hierro viejo de un clavo.
Es la flor de lo anodino.
Es el valor de un ochavo.*

*Es la deyección del pavo,
por mucho que la reboces...
¿Le conoces?*

*En medio de su boato,
se las da de literato
y de médico y de autor,
y, aunque no modela un plato,
se tiene por escultor.*

*Mucho habla este postinero
de la múltiple valía
de su intelectual vivero.
¡Si no tuviera dinero,
veríamos lo que hacía!*

*Tampoco es su señoría,
por la edad, de los precoces.
¿Le conoces?*

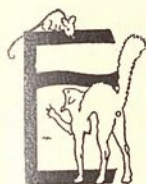
*Pues nada, lector querido:
si no eres un retraído
y al Carnaval te aficionas,
diles a estas destrozonas
que las hemos conocido.*

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO.

DEL BUEN HUMOR AJENO

MOSAICO DE CUENTOS, por Jules Moy y Max Viterbo. ===

LA CURACIÓN DE JUDEMBERG



El banquero Judemberg está enfermo.

El banquero Judemberg hace venir a un gran doctor.

El eminente médico examina a Judemberg, y después, sacando un frasquito del bolsillo, lo pasa por la nariz del enfermo, diciéndole:

— Aspire fuerte... Por ahora está usted curado...

Judemberg interroga:

— ¿Cuánto le debo, doctor?

— Quinientos francos.

Judemberg se levanta y va a buscar el dinero a su *secrétaire*, y volviendo con el billete, lo pasa por la nariz del especialista.

— Aspire fuerte, doctor... Por ahora está usted pagado...

LA NEUTRALIDAD DE NACHMITTAG

Nachmittag está invitado a comer en el campo, en casa de los de Cerfhesse.

Nachmittag consigue pasarse una temporada en la casa de sus amigos.

El matrimonio Cerfhesse no sabe cómo librarse de Nachmittag. Al fin deciden que, durante la comida, entablará el matrimonio una violenta discusión por cualquier motivo, y pedirá su opinión a Nachmittag para echarle de casa, sea el que fuere el partido que tome.

En la mesa, dice el marido:

— ¡Esta ternera está horriblemente salada!

La mujer, volcando el salero en el plato, exclama a su vez:

— ¡Esta ternera está horriblemente insípida!

— ¡Te equivocas! — exclama el marido.

Se entabla una tremenda discusión, y el marido y la mujer demandan el arbitraje del invitado.

— En fin, Nachmittag, ¿cuál de los dos lleva la razón?

— Amigos míos — responde Nachmittag —, para un mes que me queda de estar entre vosotros, no me obliguéis a indisponerme con uno de los dos...

LA PARTIDA DE DAVID Y CAEN

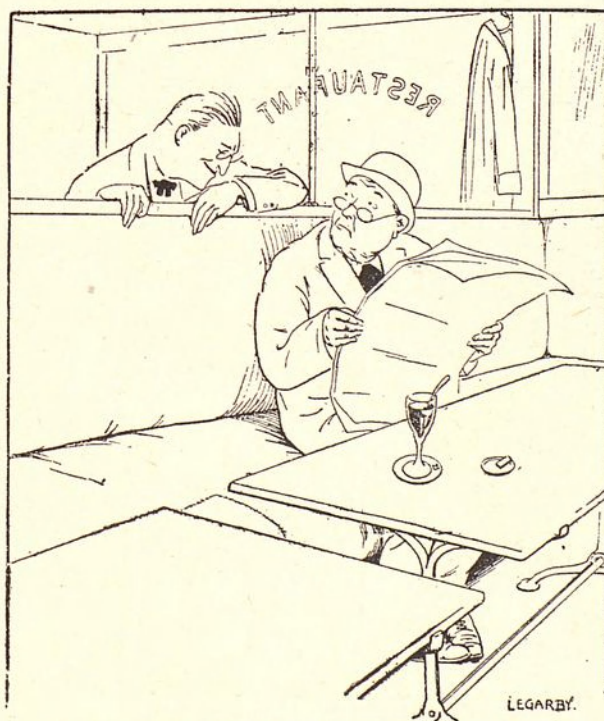
David y Caen están en el café.

David y Caen juegan a las cartas.

David pierde cinco francos y busca en sus bolsillos. Al fin, exclama con gesto dolorido:

— ¡Me he venido sin dinero, Caen! Caen se levanta rojo de indignación:

— ¿No tienes dinero? ¿Te atreves a venir sin dinero al café? ¿Se necesita cinismo! ¡No sé, entonces, cómo vamos a pagar las consumaciones!



— ¡Perdón, caballero!... Si fuera usted tan amable que volviera a la página, porque yo la he leído ya...

(De Le Rire. — Paris.)

LA IMPRUDENCIA DEL SEÑOR SCHNEEWEIN

El señor Schneewein va con su esposa al teatro y pregunta en la taquilla:

— ¿Cuánto valen las butacas?

— Seis francos.

— ¿Y en el cuarto piso?

— Un franco.

— Entonces déme dos entradas de cuarto piso.

Suben y se colocan en primera fila. Comienza el espectáculo. Schneewein, para ver y oír mejor, se asoma demasiado a la baranda. Su esposa le tira de la americana, gritando:

— ¡Ten cuidado, hombre, no vayas a caerte, que abajo vale seis francos!...

EL DEPÓSITO DE LEVISOHN

Levysohn va al despacho de su amigo el banquero Kohn y le dice:

— Kohn, tengo que irme de viaje. Voy a dejarte diez mil francos para que me los guardes.

— Trae, los guardaré en la caja... ¿Quieres recibo?

— ¡No, hombre! ¡Por Dios!

— Bueno. Entonces llamaré a mis empleados.

Así lo hace, y ante dos empleados de la banca, guarda Kohn los diez mil francos, y les dice:

— Mayer, ¿es usted testigo de que mi amigo Levysohn me ha dado diez mil francos para guardar?

— Sí, señor Kohn.

— Y usted, Lefy, ¿ha visto que mi amigo Levysohn me ha dado diez mil francos en depósito?

— Sí, señor Kohn.

Seis semanas más tarde vuelve Levysohn y pide su dinero.

— ¿El dinero dices? ¿Qué dinero? — responde Kohn.

— Bien sabes que no es mentira. Dame el dinero que te di a guardar al irme de viaje.

— ¿Estás seguro de que



— ¡No suelte las manos del volante, por Dios!... Cuando empiece a llover, yo le avisaré...

(Del Punch. — Londres.)

me has dado dinero? ¿Tienes recibo?

— Querido Kohn, dame el dinero. Tus empleados Mayer y Lefy son testigos...

Kohn hace venir a sus empleados.

— Mayer, ¿usted me ha visto tomar dinero de mi amigo Levysohn?

— No, señor Kohn.

— Lefy, ¿es usted testigo de que mi amigo me ha dado diez mil francos a guardar?

— ¡Oh, no, señor Kohn!

— Ya ves, Levysohn, cómo no hay tal depósito.

Furioso, Levysohn sale del despacho, dando un portazo. Kohn le alcanza en la escalera, ofreciéndole los diez billetes de mil francos.

— Ahí tienes, Levysohn, ahí está tu depósito. Yo sólo quería cerciorarme de si podía tener confianza en mis empleados.

LA URBANIDAD DE LEVÍ

Leví y Bloch comen juntos. Les traen en una fuente dos *biftecs*: uno muy grande y otro muy pequeño.

LEVÍ. — Sírvete, Bloch.

BLOCH. — Sírvete antes, Leví.

Después de una larga disputa, Bloch se sirve primero y escoge el *biftec* más grande.

Leví. — No tienes educación,

Bloch. Has elegido el primero y has cogido el más grande.

BLOCH. — Si tú te hubieses servido el primero, ¿cuál hubieses tomado?

LEVÍ. — El más pequeño.

BLOCH. — Pues ahí lo tienes. ¿Para qué protestas?

LA PERSPICACIA DE SAMUEL

Samuel va en el tren. Va cómodamente instalado en un vagón de primera clase.

Un viajero fuma tranquilamente un puro tremendo.

— Le ruego a usted que no fume, caballero.

— ¡Yo haré lo que me dé la gana!

— ¡Ahora lo veremos!

Y Samuel llama al jefe de estación.

— Oiga, jefe, ¿quiere echar a este señor del vagón?

— ¿Por qué?

— Porque lleva un billete de segunda y viaja en primera.

El jefe le pide el billete al fumador, y, evidentemente, es de segunda.

El señor es expulsado, y el tren se pone en marcha.

Otro viajero pregunta a Samuel: — ¿Cómo ha podido usted adivinar que este señor tenía billete de segunda?

— Muy sencillo, amigo mío: he

visto su billete, y era igual que el mío.

LA HERENCIA DE MOICHELE

El banquero Moichelé acaba de morir.

Se abre su testamento, y aparece la última voluntad del difunto:

«Dejo toda mi fortuna a mis tres hijos, Isaac, Abraham y Moisés, con una expresa condición: cada uno de ellos depositará en mi tumba mil francos en oro o en papel. Yo quiero llevar esa suma conmigo.»

El día del entierro, cuando se va a cerrar la fosa, Isaac se aproxima y, con un profundo suspiro, deposita un billete de mil francos.

Abraham se aproxima y, con un profundo suspiro, deja un saco conteniendo mil francos en oro.

Y después, Moisés se dirige a la tumba, coge los mil francos en billetes de Isaac y el saco con los mil francos de Abraham, y, con un profundo suspiro, deposita sobre la caja un cheque de tres mil francos a la orden del difunto.

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Mos. Madrid. — El dibujo está bien; pero se han dado muchos golpes ya a ese asunto. Mande otras cosas.

Marina N. y Uldarico. — Tenemos en cartera muchos dibujos inspirados en la misma canción, y ya no admitimos más.

F. A. Madrid. — Su dibujo en color es irreproducible; publicaremos alguno de los otros.

D. G. Barcelona. — Sí, señor, se ajusta a las medidas de nuestro semanario; pero no basta con esto: es preciso que tenga gracia y esté bien dibujado. Mándenos otro con estos requisitos y se lo publicaremos.

Sol. Barcelona. — La historieta tiene un asunto muy viejo; como dibujo, nos gusta. Nos agradecería contar a usted entre nuestros colaboradores.

Luis y Antonio. Madrid. — En vez de enviarnos cosas en color, procuren esmerarse en los dibujos en negro, pues ya han visto ustedes que cuando éstos están bien, los publicamos. Hay que tener paciencia y constancia.

Kaolin. — Mondragón. — Llano. — Alfaraz. — Miguel. Toledo. — Bluff. — R. S.

R. Madrid.—Melendreras.—Chesk.—Publicaremos alguno de sus dibujos.

F. B. o H. G. de la S.—Nos referíamos al autor de los dibujos, ya que no tenemos el gusto de conocer personalmente a ninguno de ustedes dos, y quieríamos decir que vemos con gusto su colaboración en nuestro periódico, al que puede usted seguir enviando trabajos.

D. Risa. Madrid.—Sí, ya lo vemos, a usted lo mismo le da Maura que Romanones; lo mismo le da medir bien los versos que dejarlos cojos. Es usted un escéptico en política y en poética.

Un Adán. Madrid.—Quedamos altamente reconocidos por sus consejos y advertencias. ¡Ya le quisiera yo ver a usted tratando de dar gusto a unos y otros!...

A. F. J. Madrid.—¿Otra parodia de la sonatina? ¡Dejemos, si le parece, que la princesa siga triste, y no le amarguemos más la vida con versos deplorables!

M. R. Madrid.—¿Otro señor que nos da consejos? Gracias por su intención, pero aquí nos sobran buenos deseos; lo que nos hace falta son originales graciosos, de los consagrados o de los por consagrar...

L. B. S. Valencia.—Su soneto, salvo algún pequeño reparo, está bien. Espera-

No se devuelven los originales, exceptuando los que se refirieran a nuestros concursos, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará la sección de Correspondencia para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

mos nos mande algo más cuidado, y procuraremos complacerle.

I. M. G. Madrid.—Recibido el cuento reducido a siete cuartillas. ¿Cómo le diríamos a usted, sin que se molestara, que en esta segunda lectura el cuentecillo nos ha parecido... poco interesante? Si le prometimos publicarlo, se publicará (somos esclavos de nuestra palabra escrita). Pero seguramente a usted le causará poco trastorno el escribir otro, lo más gracioso posible, y enviárnoslo, y así nosotros, limpia nuestra conciencia y agradecidos a su bondad, no tendríamos el resquemor de haberle lanzado al público con una cosilla poco consistente.

D. de F. Barcelona.—¡Caramba, amigo gacetillero! ¡Vaya una letrita! Se conoce

que escribe usted el suceso del día de prisa y corriendo, y rendido de ir del Gobierno civil al Juzgado de guardia... Háganos usted algo con más calma... y, si puede ser, con más gracia...

Toniquet. Alicante.—A. G. Almería.—E. M. de la C. Guadalajara.—J. I. L. Valdepeñas.—Tormo.—Isidoro.—Castro. Apartado 121.—L. G. Bilbao.—F. T. Santa Cruz de Tenerife.—Dedé. Barcelona.—Albaycín.—L. T. Zaragoza.—Aga. Valencia.—Kino. Miao. Vitoria.—P. H. M. Segovia.—Pepe Conde.—No sirven.

C. G. Valencia.—El dibujo nos gusta, pero el chiste no tiene gracia; puede mandar más cosas.

J. P. del M. Valencia.—Aceptados. Para el cobro póngase de acuerdo con el compañero Abad, delegado nuestro en esa capital.

R. M. Gem. Madrid.—Puede usted mandar lo que quiera, y si está bien, se publicará.

A. S. Madrid.—Idem id.

M. S. Cuatro Vientos.—Publicaremos su dibujo; la historieta no entra en concurso.

R. M. del R. Barcelona.—E. García.—Pepe. Avila.—Publicaremos alguno.



—El ladrón me robó todo: el reloj, la cartera, la piti-llera...

—Pero ¿no llevabas un revólver cargado?

—Sí; pero no me lo encontré.

(De London Mail. — Londres.)



SE BAILA EN CASA DEL PINTOR DE AL LADO

—No tenga usted miedo a que le dé el vértigo.

—¡Cal!... Lo que temo es que no se haya acostado mamá todavía.

(De Le Rire. — Paris.)



CUPÓN

correspondiente al número 14

de

BUEN HUMOR

Cada trabajo — no solicitado — que se nos remita, ha de venir necesariamente acompañado del presente cupón.

Cardenio. Almería. — Ya conocíamos su manera por el anterior seudónimo. Nos gustan sus dibujos; ahora, que, para publicarlos, es preciso que nos mande usted los pies correspondientes a cada uno de ellos.

Respecto a su pregunta, nada podemos decirle, aunque suponemos será dentro del mes de marzo; de todos modos, ya se anunciará.

Consejos a los espontáneos.

Los aspirantes a literatos que nos honran con las primicias de su labor, deben enviarnos sus cuartillas escritas por una sola cara, con letra fácilmente legible, con las menores faltas de ortografía posibles, y si no es mucho pedir, que las cuartillas traten de algún asunto gracioso e interesante.

Al pie de cada trabajo pondrán la firma o seudónimo y el punto de su residencia.

Los dibujantes procurarán mandar sus obras dibujadas con tinta china, en papel blanco, y con la leyenda, firma y punto de residencia al pie del dibujo.

Los dibujos pueden ser mayores que nuestras planas, siempre que guarden proporción con el tamaño de éstas.

Es condición indispensable que cada dibujo, artículo o poesía vengan acompaña-

Los números atrasados de BUEN HUMOR se hallan de venta en el puesto del Bar Sol, esquina a la calle de Carretas.



NÚMERO 14

DE

BUEN HUMOR

Cuarto y último cupón que, en unión de los tres anteriores, acompañará a cada trabajo que se nos remita para nuestro CONCURSO DE TÍTULOS Y LEYENDAS.

dos de su correspondiente cupón, no siendo válido el envío de varios trabajos con uno solo de éstos. Los suscriptores están dispensados de estos requisitos, siempre que en los envíos hagan constar su condición de tales suscriptores.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.





BUEN HUMOR



SEMANARIO SATÍRICO

Precios de suscripción

(EMPEZARÁ EL PRIMERO DE MES)

MADRID

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	6,50 pesetas.
Semestre (26 —).....	13 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO. — UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES

MANZANERA Y COMP.^A, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6
Año.....	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ANGEL, 5

MADRID.

SEMANARIO SATÍRICO

40
CÉNTIMOS

Dibujo de PENAGOS.

De nuestro concurso de carteles.



BUEN HUMOR

Ayuntamiento de Madrid